

STANLEY, J. *Facha: cómo funciona el fascismo y cómo ha entrado en tu vida*, Barcelona, Blackie Books, 2019, 240 pp.

Jason Stanley, filósofo del lenguaje y profesor estadounidense de la Universidad de Yale, ya había desvelado en *Cómo se fabrica la propaganda*, publicado en 2006, las trampas dialécticas que utiliza el lenguaje para manipular datos verdaderos y sacarlos de contexto. Su último libro, *Facha: cómo funciona el fascismo y cómo ha entrado en tu vida*, funciona como complemento y como ampliación de la obra anterior: su autor pretende desenmascarar al fascismo demostrando, a partir de ejemplos concretos y una muy abundante bibliografía, cómo este sigue instalado en los discursos y en las políticas de candidatos y partidos de muy diferentes estados del mundo: estados que, sin reivindicarse directamente como fascistas, han asimilado buena parte de sus prácticas y procedimientos y los han actualizado para hacerlos digeribles al votante de hoy. Para Stanley, el fascismo no es solamente un fenómeno histórico germinado, batallado y aparentemente derrotado en la primera mitad del siglo XX, sino un conjunto de ideas y políticas que habrían sobrevivido a la derrota de los regímenes fascistas en la Segunda Guerra Mundial —en España su agonía se prolongó hasta los 70—, y que estarían, como bien reza el subtítulo del libro, entrando de nuevo en nuestra vida.

Capítulo a capítulo, Stanley desgrana el *modus operandi* de este neofascismo a partir del análisis de sus elementos más definitorios. El autor comienza por la apelación a “un pasado mítico y puro trágicamente destruido” y a la “versión

exagerada de la familia patriarcal” que caracteriza al fascismo que, “humillado” por la globalización y los valores liberales, pretende el retorno a una edad de oro —falseada— de la nación. El *Make America Great Again* de Donald Trump se aprovecha, así, del desconcierto y la incertidumbre creada entre la población por las crisis del capitalismo para apuntalar los principios centrales de la ideología fascista que, para Stanley, son cuatro: el autoritarismo, la jerarquía, la pureza y la lucha. Todas están encarnadas por un líder de la nación que ejerce sobre el pueblo la misma función que el padre en la familia patriarcal tradicional. Machismo y fascismo van de la mano: los hombres sienten amenazados sus privilegios por el feminismo y abrazan un victimismo del que se están alimentando fundamentalmente los partidos neofascistas.

Para atraer a los ciudadanos, los políticos fascistas se valen de una propaganda pomposa pero eficaz, que utiliza el lenguaje de los grandes ideales para ocultar sus verdaderos objetivos políticos, que no son otros que la desarticulación del Estado de derecho democrático y su reemplazamiento por los mandatos autoritarios de los dirigentes del partido. Así, enarbolan la bandera de la libertad, aunque no pretendan otra cosa que la destrucción del espacio común de la democracia; se amparan en la libertad de expresión para difundir sus proclamas xenófobas, racistas y machistas; y conciben la educación como la producción de “ciudadanos obedientes” y trabajadores que no tengan ningún poder de negociación. Con sus declaraciones, los políticos fascistas terminan cuestionando la misma realidad y sustituyen la

verdad por el poder para mentir sin que tenga consecuencias. De ahí el abrazo a teorías conspiranoicas que confirman sus sesgos y en las que los malos siempre son los otros: los judíos, las mujeres, los homosexuales, los negros, los refugiados. Los que no son, en definitiva, como «nosotros». Son los «otros».

Como filósofo del lenguaje, Stanley recuerda que la lengua no es sólo una herramienta de comunicación de ideas, sino también una poderosa arma de control, coerción y predisposición contra los otros; arma que los neofascistas utilizan para imponer sus mentiras y convertirlas en realidad. Esta queda desdibujada y los ciudadanos pierden la capacidad de utilizar su razón para entenderse y solucionar sus conflictos a través del diálogo, al no compartir ni siquiera el marco de los hechos. El emponzoñamiento del debate público con falsas acusaciones y *fake news* permite a la ideología fascista conquistar espacios cada vez más amplios

dentro de unas sociedades carcomidas por la desigualdad y la crisis económica, y más predispuestas que nunca a dejarse seducir por la imaginería gloriosa y mítica de la que hace gala el fascismo. Para pararle los pies, “antes de que sea (otra vez) demasiado tarde”, como bien titula Isaac Rosa el prólogo, Jason Stanley ofrece una mirada esclarecedora sobre cómo el neofascismo, retomando prácticas de los años 30, 40 y 50, pero actualizándolas al ecosistema actual, está colándose en nuestras democracias y destruyéndolas por dentro. “La historia no se repite, pero rima”. La frase, atribuida a Mark Twain, cobra nuevos sentidos después de la lectura de un libro claro, directo e impactante, que advierte de “la tendencia que tiene la sociedad de normalizar lo que antes resultaba inimaginable”.

Jorge VALLE ÁLVAREZ  
*Universidad de Salamanca*